

cion de los dos hombres mas notables en el uno y en el otro partido: Calleja con el ejército del centro habia recorrido en triunfo las provincias del Norte: Morelos, con las tropas que él mismo habia creado, no habia encontrado quien le resistiese en las del Sur, y sus recientes triunfos habian hecho desaparecer toda oposicion conduciéndolo hasta las puertas de la capital. La serie de los acontecimientos los iba llevando á encontrarse y este choque habia de fijar por mucho tiempo la atencion pública considerándolo como decisivo. Con esta grande expectativa iba á comenzar el año de 1812."

Morelos habia llevado consigo á Tasco al cura D. Mariano Matamoros, que todavía no tenia en el Ejército un carácter determinado. Cuando se los presentó á los Galeana y á los Bravo, les dijo con mucho entusiasmo:

— He aquí un compañero que tiene la vista muy clara para las cosas de la guerra. Y luego dirigiéndose á Matamoros:

— Compañero: hemos llegado hasta Diciembre de 1811 con buena fortuna. Espero que la tendremos mejor desde mañana, que comienza 1812 porque tenemos á un capitán como vd. á nuestro lado. ¡Viva Matamoros!— ¡Viva! contestaron los presentes.

### CAPITULO XIII.

¡Á ZITÁCUARO!

El Cuartel General de Morelos habia adquirido grande importancia, de suerte que no era raro ver que llegaran á su alojamiento comisionados de diversos rumbos y principalmente de la Junta de Zitácuaro que no se los escaseaba, con particularidad en esa época en que veia avanzando ya á Calleja con un formidable ejército para destruir aquel centro revolucionario, de donde el gobierno del Virey veia salir las mayores hostilidades. Se le urgía para que sin desatender los pueblos conquistados del Sur, ó desatendiéndolos si no era posible conservarlos, se dirigiera con todas las fuerzas que tuviera disponibles, para prestar auxilio á la plaza de Zitácuaro que estaba en vísperas de ser atacada por tropas tres veces superiores en número y disciplina á las que podia oponérseles.

Morelos contestaba con evasivas dando cuenta de los progresos que hacia y ofreciendo que tan luego como se desembarazara de ciertos obstáculos acudiría á la defensa de Zitácuaro, como realmente llegó á pensarlo, no sin vacilar ante este razonamiento que se hacia en su interior: Si el ejército de Calleja es triple al que tiene la Junta, de nada servirá á ésta que yo le lleve mil ó mil quinientos hombres, que es todo lo que podré reunir, dejando algunas pequeñas guarniciones espuestas á que las aniquilen. Calleja nos arrollará á todos, y la revolución entonces habrá perdido no sólo la plaza que trata de sostener sin necesidad absoluta, sino toda esta comarca que siempre puede servir de refugio á los que no lo tengan en ninguna otra parte. Solo de un modo podría costear este sacrificio; que tuviéramos plena seguridad de vencer á Calleja; ¿pero es esto posible con tropas inferiores y sin una cabeza que las dirija? Eso es lo principal: que allí habrá muchas, con lo cual será suficiente para no hacer nada de provecho. Sin embargo, si los realistas me dejan un respiro, iré, aunque despues me cueste doble trabajo recuperar lo que deje perdido.

Como decíamos antes, al alojamiento de Morelos concurrían muchas personas, y mas á Tasco, á principios del año 12, en cuyo punto á la sazón estaban reunidas despues del último triunfo el mayor número de sus tropas.

Acababa de venir nuestro cura de la iglesia, en don-

de había predicado, pues que entonces andaban en grande mezcladas las cosas eclesiásticas con las de la milicia, y habia saludado estrechando la mano á los Bravo, á los Galeana y á otros de sus jefes que lo esperaban, cuando antes de entrar en su despacho, esparciendo una mirada sobre los demás concurrentes, hizo la pregunta sacramental:

—¿No ha llegado hoy ningun comisionado de Zitácuaro?

—Solamente un correo, le contestó el cura Martínez que le estaba sirviendo de secretario.

—Bueno; vamos viendo antes que todo lo que trae ese correo.

Un hombre se adelantó, besó la mano á Morelos y le entregó unas cartas.

Entró con ellas en la mano á su despacho, se acercó á la ventana para leerlas, y despues de ir viendo una por una, dijo dirigiéndose á los generales que lo habian seguido:

—Siempre la misma historia: quieren los señores de la Junta que vayamos volando á socorrerlos, sin pensar en que nosotros tambien necesitamos de que se nos socorra. ¿Qué les parece á vdes?

—Por mi parte, dijo el mayor de los Bravo, que era el que tenia allí mas autoridad, yo creo que deben dejar esa plaza si no tienen elementos para sostenerla.

—Pero es el caso, que se figuran tanto Rayon como sus compañeros, que perdiendo á Zitácuaro, que

ha sabido vencer tres veces, se pierde todo el prestigio de la revolución, considerando esa plaza como el último baluarte de la independencia.

—Mi parecer, dijo Galeana, es que no debemos abandonar aquí á las poblaciones que nos han ayudado con sus hombres y con su dinero.

—Veremos perdidos en un momento todos nuestros sacrificios, dijo el jóven Nicolás Bravo.

—Oigamos el consejo de nuestro amigo el cura Matamoros, dijo Morelos en el punto que aquel entraba.

Se le puso al corriente de todo y contestó Matamoros con voz llena de humildad:

—El caso que vdes. me preponen es muy difícil. Por una parte veo que habla la Junta de Zitácuaro que es la soberana y á la cual debemos entera obediencia; pero por otra parte está claro que pretende se cometa un desacierto desamparando países que con tanto trabajo se han conquistado y los cuales se perderian irremisiblemente aun en el caso remoto de que Calleja fuera derrotado.

—¡Oh! si Calleja fuera derrotado, exclamó Morelos, ya no necesitaríamos de esto, sino que nos iríamos derecho hasta México.

—Pudiera ser, dijo Matamoros haciendo una mueca de incredulidad, aunque lo mas seguro es, que en el caso mas favorable para nosotros, no debemos contar con la derrota completa del ejército realista sino

con su retirada, que nos dejaría en la impotencia de perseguirlo.

—Es verdad, murmuró Morelos, lo mas que podría hacerse era evitar que Calleja entrara á Zitácuaro de pronto, caso que sucedería despues que el gobierno siguiera reforzándolo.

—De manera que lo que se debe buscar es un medio que sin desagradar á la Junta, sirva para ajustarse á sus providencias sin que se juzgue desobedecida.

—Yo lo encontraré, contestó el caudillo, y en seguida dió sus disposiciones para que se alojara el correo mientras se le entregaba la contestacion.

Así que acabó de hablar con sus generales y cuando habia acompañado al último hasta el dintel de la puerta de su despacho que comunicaba con la otra habitacion que daba al corredor y en la cual estaban esperando varias personas, su vista tropezó con la de un jóven que le miraba de un modo particular y en el cual se habia fijado desde su vuelta de la Iglesia.

—Entre vd., le dijo con amabilidad, llamándolo además con la mano ¿es vd. militar?

—Lo fui al lado del general Hidalgo, le contestó el jóven, y ahora deseo seguirlo siendo al lado del gran Morelos.

—¿De dónde es vd?

—De Valladolid.

—¡Ah! somos paisanos, muy bien, ¿De quién es vd. hijo?

—Del coronel Fuentes que murió combatiendo al lado de Rayon en Zitácuaro.

—Le conocí. ¿Con que murió Fuentes que era el niño mimado del cura Hidalgo?

—¡Ay! sí, suspiró el joven.

—Sensible pérdida, murmuró Morelos.

—Yo tuve la leve idea de querer salvar al cura Hidalgo á quien veía como á mi padre, continuó diciendo Rafael, hice el viaje con ese fin á Chihuahua, y llegué allí en los momentos en que era decapitado.

—¿Con qué recursos hiciste tan largo viaje? le preguntó Morelos con ternura y con la familiaridad que creía deber usar con un muchacho paisano suyo.

—Con ningunos.

—Cuéntame esa historia.

Entonces Rafael con la elocuencia que le daba la instrucción que habia empezado á recibir en el colegio de San Nicolás, refirió al cura todas sus aventuras, en las que éste se manifestó muy interesado.

—Pues eres un valiente de los mas audaces, le dijo luego que aquel hubo dicho las últimas palabras y mereces una suerte mejor que la que has tenido hasta ahora. Te nombro teniente coronel, y si al regreso de una comision que voy á confiarte, me dices que la has desempeñado segun mi deseo, te haré Coronel para que reemplaces á tu padre en el Ejército Independiente.

Rafael estuvo á punto de arrodillarse delante del cura y le significó su agradecimiento derramando una tierna lágrima.

—Ahora ven acá á este rincón para imponerte del

interesante negocio que confio á tu lealtad y á tu apatitud, pues deseo que no se oiga en la pieza inmediata ni una palabra de lo que voy á decirte.

Rafael medio azorado siguió al cura al rincón de la pieza en donde ocupó la silla que por aquel le fué designada al frente de otra que Morelos ocupó.

—Voy á enviarte á Zitácuaro, lugar que te ha de traer tristes recuerdos. . . . ¿Quieres?

—No me pregunte nada vuestra excelencia, mande, que yo como soldado que conozco mis deberes, obedeceré ciegamente, aunque sepa que voy á la muerte misma.

—Así es como me gustan los hombres, dijo el cura entusiasmado, ahora continúo. Siendo como eres ya teniente coronel, y de eso te daré ahora mismo la constancia, puedes mandar hasta trescientos ó cuatrocientos hombres. . . .

—He mandado dos mil en Calderon siendo capitán, dijo Rafael con orgullo.

—Sí, ya lo sé, y tienes inteligencia para mandar un ejército, pero nos faltan las armas por mas que nos sobren los hombres, y es preciso conformarse con lo que tenemos. Voy á darte ochenta ó cien soldados bien montados y armados, que en caso ofrecido valdrán como una division, para que con ellos te dirijas á Zitácuaro, saliendo mañana mismo y forzando tus marchas hasta donde puedas para que llegues á tiempo. ¿Sabes lo que hay en Zitácuaro?

—Sé que allí está la Junta Soberana de gobierno.

—En los mayores aprietos, porque va á ser atacada

la plaza de un momento á otro, si es que no lo ha sido ya á estas fechas.

—¡Ah! no sabia esto..... ¿y quién la ataca?

—Calleja.

—Calleja! exclamó Rafael con los puños crispados y apretando tanto los dientes que resonaron como una puerta al abrirse.

—Parece que le profesas odio á Calleja.

—¡Oh señor! Todo mi deseo es encontrarme con él y matarle como maté al conde de la Cadena.

—Amad á vuestros enemigos, dice la Escritura.

—Calleja fué el que destruyó nuestro ejército en Calderon, el que humilló infamemente á la ahijada del cura Hidalgo en Guadalajara, el que ha hecho los mas grandes males á los mexicanos por todas partes donde ha puesto la planta.

—Te quiero, con mas serenidad de la que manifiestas hoy cuando estés al frente de tu enemigo.

—Sabré tenerla recordando la recomendacion que vuestra excelencia se sirve hacerme.

—Pues bien, si llegas á tiempo á Zitácuaro, es decir, si llegas antes de que se encuentre en poder de Calleja.

—¡Oh! ¿por qué no estuve aquí un mes antes?

—Hubiera sido inútil porque hasta ahora he tomado esta resolucion.

—Perdone vuestra excelencia que lo haya interrumpido.

—Le presentas á Rayon una carta que voy á darte y en la cual le digo que no puedo acudir personal-

mente á su socorro, porque me es imposible en la situacion en que me hallo, pero que le mando un ejército que sabrá encontrarse en los mayores peligros y escoltar á la Junta en el caso de que se vea precisada á abandonar aquella poblacion.

—Y yo soy el que llevo encomendado un honor tan grande?

—Tú.

—¿Qué otra cosa tendré que hacer?

—Nada mas, sino ir bien penetrado de que tú representas allí á Morelos con tu persona y á todo su ejército con los ochenta ó cien hombres que voy á poner á tus órdenes.

—Puede vuestra excelencia confiar en que no volverá á verme vivo si no lleno mi comision con todo mi valor y con todas mis fuerzas.

—Ahora que salgas no hables con nadie ni contestes á las preguntas que te hagan. Despues del oscurecer vendrás á recibir mis últimas instrucciones, porque quiero que mañana cuando amanezca ya tengas cuatro ó cinco horas de camino.

Rafael se levantó radiando el júbilo en su semblante, pues que á la vez se le aglomeraban en su imaginacion las ideas de grandeza junto á las de venganza que son las que mas resonancia tienen en los corazones humanos.

—¿Tienes dinero? le preguntó Morelos cuando ya el jóven iba á retirarse, pero sin darle lugar á responderle continuó solo al ver su expresion ¡que has de tener! y no sé ni como pude hacerte semejante pre-

gunta. Toma de ese cajón el que necesites por ahora y á la noche te daré un bolsillo bien repleto para que puedas mantener á tu gente hasta la llegada á Zitácuaro.

Rafael, por no manifestarse gázmón, tomó unas cuantas monedas del cajón que le designó el cura y salió de allí respirando todas las satisfacciones juntas, en tanto que Morelos viéndole ir, murmuró:—

—De estos muchachos así necesita muchos la patria. Será un héroe si no lo matan pronto los gachupines.

En seguida llamó á su secretario para que escribiera dos clases de cartas para la Junta de Zitácuaro: una que debía llevar el correo diciendo á Rayón y á sus compañeros que pronto iba á salir un ejército en auxilio de aquella plaza y otras que debía llevar Rafael á cuya lealtad tendrían que confiarse los miembros de la Junta para huir en el caso probable de un fracaso.

Rafael estaba tan contento, tan alborozado, se consideraba tan feliz, que luego que llegó al jacalucho en que le asistían, repartió entre los pobres que le habían dado alojamiento las monedas que llevaba, haciendo que en la humilde comida se sirvieran dos botellas del mal vino que por allí podía encontrarse.

Por la noche estuvo puntual á la cita. Morelos le dió los pliegos, el dinero y las instrucciones, dándole á reconocer como jefe á los oficiales que iban en la escolta que con el nombre de ejército mandaba á Zitácuaro.

—Dios te acompañe, hijo, dijo al jóven bendiciéndole.

—Sí, sí... mi segundo padre, exclamó aquel arrojado y vertiendo lágrimas.

Después un abrazo y ¡adiós!

## CAPITULO XIV.

### LA POBRE JUNTA.

En otra leyenda dijimos cómo el Dr. Cos que servía uno de los mas humildes curatos de Zacatecas, había sido envuelto en los sucesos públicos, cuando menos se lo figuraba, y detenido en Querétaro á su paso para México, á donde lo habia confinado bajo su palabra el arbitrario realista D. Félix Calleja. Agobiado el Doctor por el hambre que empezaba á sufrir, abandonado en aquella ciudad á sus propios recursos, que no los tenia, y bajo las penas con que le amagaba el cruel García Rebollo, si daba un solo paso fuera de camino, tuvo la ocurrencia de escribir una fundada exposición á Venegas, el cual en vista de ella decretó: "Déjese á Cos en libertad de venir á presentarse al Virey tan luego como pise México."

Vió el cielo abierto el ex-cura en cuanto García

Rebollo le enseñó la real órden y haciéndose de una cabalgadura, de un mozo y de unos cuantos pesos, se puso en marcha cuanto antes para la capital.

Encontrábase el Virey muy entretenido en el teatro viendo representar el coloquio de "San Nicodemus," cuando á su espalda oyó unos golpecitos que daban á la puerta del palco.

—Ve quién es, dijo al oficial mas próximo de los que tenia cuidándole las espaldas.

Apenas la puerta se abrió, cuando vieron todos que se precipitaba en el interior del palco un hombre de agradable presencia con trazas de eclesiástico.

—Soy el Dr. Cos, dijo doblando una rodilla delante del Virey y vengo á cumplir con la órden superior que me previno, que tan luego como llegara á México me presentara ante V. E.

El Virey se sonrió, y como no queria perder nada de lo que estaba pasando en la escena, que tenia para él gran interes, se apresuró á decir al ex-cura:

—Vaya mañana su señoría á Palacio y allí anunciese.

Cos se retiró haciendo muchas cortesías, y cuando se vió en la calle, se rió con malicia diciendo para su capote:

—Ya tengo ganado al tonto este, y si no consigo que remedie mis necesidades, al menos podré inspirarle alguna confianza para que ya no me sigan tratando como á conspirador.

Al día siguiente fué tambien puntual y el Virey